¿QUÉ MINISTERIOS, PARA QUÉ IGLESIA?...*
Sobre la institucionalización de nuevos ministerios
y sus consecuencias eclesiales

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v53i185.583>

Autor: Verónica Figueroa Clerici. Teóloga, casada, muy cercana a las comunidades de S. Egidio. Laica comprometida con su fe, es Secretaria del Estudio Teológico Salesiano de Buenos Aires (Argentina)

Parte Verónica de su propia experiencia de laica comprometida. Se decanta por el ejercicio del ministerio laical de manera nueva, no como dependencia sino en el ejercicio de la armonía y complementariedad de la vocación de evangelizar, con una función en la Iglesia libre de ambigüedad.

ESTUDIOS

Mientras participé del grupo de jóvenes en la parroquia noté que los laicos necesitábamos hacer amplios esfuerzos por obtener la aprobación del cura párroco para las actividades que pretendíamos desarrollar. Gran parte de nuestras energías no se destinaban tanto al quehacer pastoral cuanto a convencer a la autoridad de que lo que haríamos sería legítimo, o al menos, no haría mal a nadie...

Por otra parte, me parecía que el ministerio ordenado resultaba cada vez menos atractivo: fui a un colegio secundario en la ciudad de Salta donde compartí los últimos años con seminaristas "menores". De los cinco, sólo uno se ordenó. Durante mi carrera universitaria fui compañera de varios "candidatos al sacerdocio" que dejaron el seminario antes de la ordenación. Conozco hoy muchos presbíteros que deciden suspen-

* Artículo publicado en: Vida Pastoral 259 (2006) 13-20.

der su tarea ministerial.

Estas cuestiones impactan directamente en la vida de nuestras comunidades y en la expresión del espíritu que las anima. Cuando decidí profundizar el estudio de la teología, me acerqué a la cuestión de los ministerios convencida de que el modo como los ejercemos configura un determinado paradigma eclesial y viceversa; de allí el título de estas líneas, que tomo de un pequeño texto colombiano sobre la experiencia del tema en América Latina (cf. bibliografía).

El ejercicio ministerial de los laicos

Hace ya muchos años que venimos escuchando hablar de “ministerios laicales”, tópico surgido a partir de la llamada “teología del laicado” del Concilio Vaticano II. Ha sido entonces cuando se usó la expresión “sacerdocio común” para indicar que todos participamos de la mediación de Cristo, capaces de ofrecernos a Dios (LG 10). Este sacerdocio tiene una triple dimensión: la palabra, el culto y la realeza. En este marco surge la cuestión de la ministerialidad para designar a aquellos laicos que asumen servicios específicos, referidos a la predicación de la palabra y a la acción litúrgica, que son relativamente estables y comportan una cierta responsabilidad de coordinación de la comunidad.

Por otra parte, existe también una razón de sentido negativo que ha dado origen al debate eclesiológico de los ministerios en la Iglesia: la escasez de candidatos al ministerio ordenado y la creciente interrupción de las tareas ministeriales por los ya ordenados. En este caso la urgencia se traduce en la delegación en los laicos de las tareas que los ministros ordenados no alcanzan a cubrir.

Sin embargo, por ambos lados la ministerialidad de los laicos conlleva riesgos. En el primer caso, si se reconocen ministerios laicales sin una renovación eclesiológica que revierta una estructuración piramidal y jerárquica, no se hará sino repetir el esquema cayendo en la clericalización de los laicos concebidos como ministros. Esto sucede cuando los laicos que asumen los ministerios en cuestión pretenden reproducir o imitar el modelo presbiteral vigente.

En segundo lugar, si la promoción es debida a la escasez de ordenaciones, se trata de un reconocimiento en términos de suplencia o por dele-

gación para el ejercicio de funciones que no serían propias del laico. De aquí se derivan consecuencias de gran incidencia en la vida eclesial tanto para los propios ministros ordenados como para los laicos comisionados.

Ante el papel cada vez más frecuente de los laicos en las tareas pastorales, se reduce la ministerialidad del ordenado al campo exclusivo de lo sacramental, cayendo así en una concepción residual del ministerio y perdiendo de vista su triple función (predicación, celebración y presidencia de la comunidad; cf. LG 24ss y PO 4-6). El presbítero ejerce su función en aquello que “sólo él puede hacer”: la celebración de la eucaristía y la reconciliación, empobreciendo el contacto con la comunidad en su función de acompañamiento y la predicación del evangelio por medio de la palabra. Particularmente en zonas rurales los presbíteros celebran más de cinco ó seis misas los fines de semana, debiendo “correr” de un lado a otro para llegar a tiempo y en ocasiones comisionando a algún laico para que inicie la celebración con la liturgia de la palabra llegando él “para la consagración”. ¿Podemos pedirle a ese ministro que conozca a las personas de la comunidad que él preside y coordina?, ¿que sepa de sus necesidades y pueda crear un clima fraterno?, ¿que tenga un momento detenido de estudio para preparar la homilía?

Del otro lado, los ministros laicos que asumen la conducción de las comunidades sufren la ambigüedad de acompañarlas con la predicación de la palabra y la presidencia en la celebración de algunos sacramentos excepto la Eucaristía, “fuente y cima de toda evangelización” donde “se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia” (PO 5). En palabras de B. Sesbouë, se presenta una forma “híbrida” de ejercicio pastoral, que no es ni el ministerio ordenado ni el ministerio simplemente bautismal; y “los laicos enviados en misión pastoral viven el ‘inconfort’ evangélico de estar, por así decirlo, sentados entre dos sillas” (*¡No tengáis miedo!*, Santander 1998, 133). Por cierto, hablar de ministerios laicales en términos de “suplencia” es un modo de reconocer que lo que hacen los laicos pertenece de suyo a la esfera del ministerio ordenado. Es una confesión de que hay algo “anormal” en el funcionamiento de la Iglesia, y de que esos ministerios de los laicos no son, doctrinalmente hablando, ministerios laicos. Por otra parte, la suplencia es, por definición, provisional y temporal y afecta a casos concretos. Supone que la escasez de los presbíteros será transitoria, deposita la responsabilidad de la carestía en la propia comunidad, en la “secularización” de la cultura y “falta de fe” de los posibles “vocacionados”, impi-

diendo así poner en cuestión el modelo ministerial actual.

Diversidad de ministerios

Ciertamente el debate sobre los ministerios es un tema abierto en la teología actual y que pide seguir estudiándose. Varios han intentado algunas clasificaciones, madurando los esquemas en un contexto eclesiológico más amplio. El español D. Borobio ha motivado el desarrollo de ministerios laicales exigiendo su valoración para el cumplimiento de la misión que procede de Cristo, y no por una exigencia pastoral concreta (disminución de sacerdotes). Insiste en la necesidad de profundizar en el sentido teológico del ministerio ordenado y su relación al contexto comunitario, y de integrar la variedad de servicios ejercidos por laicos en una estructura eclesial renovada. En una de sus últimas obras (*Misión y ministerios laicales*, Salamanca 2001) presenta siete “familias básicas” de ministerios laicales: catequista-guía del catecumenado; educador cristiano; comunicador cristiano; ministerio de sanación; promotor de la pastoral familiar; ministerio de la reconciliación y la pacificación; ministerio de la animación litúrgica y de la comunión. En orden a una promoción permanente de nuevos servicios y ministerios, el autor propone una “planificación pedagógica ministerial” para que las comunidades puedan asumir la corresponsabilidad eclesial.

En el ámbito francófono, B. Sesboüé hace una primera distinción entre el ministerio pastoral y apostólico (obispo, presbíteros y diáconos) y ministerio bautismal (instituido, confiado o simplemente reconocido), para luego analizar la “paradoja” de la participación de los laicos en la función pastoral de los ministros ordenados. Partiendo del fenómeno, plantea la necesidad de un discernimiento teológico para definir la identidad ministerial de los animadores pastorales laicos, a los que considera como “un nuevo tercer polo” ministerial. Los ministerios ejercidos por laicos no sólo se inscriben en el carisma del bautismo y de la confirmación, sino que participan en el encargo pastoral mismo convirtiéndose en responsables de la comunidad. Para Sesboüé, “no son *pastores* en el pleno sentido de la palabra; pero, si no el sustantivo, sí al menos puede aplicárseles el adjetivo *pastoral*” (*¡No tengáis miedo!*, Santander 1998, 150).

Para J. M. Tillard el ministerio está en el orden del *servicio*, pero no se trataría sin más de una actitud generosa y abnegada –a la que todos estaríamos llamados por el evangelio– sino que conlleva una impronta de

autoridad, un lugar de referencia dentro de la comunidad. En este marco, prefiere en un principio reservar el término “ministerio” al ordenado, pues es un vocablo “demasiado cargado de resonancias clericales” y designar los ejercidos por laicos como “servicios del evangelio” (*Iglesia de iglesias*, Salamanca 1991, 231). Posteriormente se ha referido a “los otros ministerios” para hablar de ministerios instituidos o delegados –en calidad de colaboradores para cubrir la escasez de ministros ordenados–, distinguiéndolos de los “servicios eclesiales” que no se inscriben en la ordenación ni se ejercen para cubrir el lugar de otro –sólo necesitan ser reconocidos, sin intervención de mandato oficial alguno– (*La Iglesia Local*, Salamanca 1999, 234). Entre estos últimos señala la catequesis, la animación litúrgica, el compromiso misionero, la preparación para los sacramentos, la administración económica, la asistencia jurídica; sin olvidar la actividad de las religiosas y religiosos que no son clérigos en los terrenos de la salud, de la educación, de la atención de los pobres.

En suma: hay quienes promueven el reconocimiento y la institucionalización de nuevos ministerios, no sólo ordenados (Borobio), quienes señalan un nuevo polo ministerial situado entre los ordenados y los bautismales para los laicos que ejercen tareas pastorales (Sesboüè) y quienes reservan lo ministerial para designar el cargo conductivo y presidencial en una comunidad, ordenado o delegado por éste (Tillard).

En el presente artículo no me detengo a analizar la diversidad de servicios eclesiales ejercidos por laicos que “merecerían” un reconocimiento oficial o cierta institucionalización que, a mi juicio, sin una renovación eclesiológica sólo nos llevaría a repetir un esquema clerical o jerárquico; hago referencia particularmente a los ministerios *pastorales*, es decir a aquellos que implican una referencia dentro de la comunidad y representan un liderazgo para coordinar los servicios en la comunidad y de ella toda. Y en el análisis de la situación me pregunto si estos constituyen un “tercer polo” dentro de la estructura ministerial o más bien plantean la necesidad de una transformación y reforma de los propios ministerios ordenados. Si reservamos la ministerialidad para definir la nota de referencia y autoridad de quien preside la comunidad y coordina sus servicios, podríamos aplicársela exclusivamente al ordenado (¡para eso!) y replantear los requerimientos para el acceso a la ordenación. [En este sentido, ¿no tendría la “pastoral vocacional” que reflexionar más a fondo sobre los modelos ministeriales que proponemos, que intentar adecuar las inquietu-

des y demandas de los posibles candidatos a una figura prefijada?] Por otra parte, toda comunidad eclesial posee, de hecho, un dirigente, referente o responsable que congrega la reunión de todos (delegado o no), de lo contrario el grupo se desintegraría por falta de coordinación. ¿Qué impide que tal representante sea ordenado ministro de dicha comunidad?

¿"Nuevos ministerios" o "nuevo ministerio"?

La ordenación de los laicos, que de hecho coordinan las comunidades "sin presbítero", parecería responder más adecuadamente al modelo ministerial de los orígenes, previo a la sacralización sufrida y a la identificación exclusiva de su misión con el servicio sacramental. Recordemos que en los primeros siglos la elección recae sobre el presidente de la comunidad y, por ello, presidente de la eucaristía (no al revés), aunque el verdadero sujeto de la acción litúrgica es la Iglesia misma. Schillebeeckx abordó la pregunta sobre si un laico puede presidir la eucaristía. Para responder la cuestión, trae a colación el testimonio de la Iglesia antigua (Tertuliano) que señala que allí donde no hay ministros ordenados, la comunidad cristiana puede elegir su presidente (por el carácter sacerdotal de la iglesia en cuanto tal) que presidirá la celebración eucarística. "Aquel a quien una comunidad invite a presidirla (y, por tanto, a presidir la eucaristía) en determinadas circunstancias se convierte por el mismo hecho en ministro, en virtud de esa misma aprobación de la comunidad: es «incorporado» a los ministros, es decir, facultado para dirigir la comunidad» (*El ministerio eclesial. Responsables de la comunidad cristiana*, Madrid 1983, 98ss). Con esto no reducimos el ministerio a un fenómeno sociológico o histórico; por el contrario, resaltamos su carácter sacramental, como forma concreta de la respuesta eclesial a la llamada de Dios y a los signos de los tiempos. Tratamos de estar atentos, por otra parte, al riesgo de un reduccionismo teológico, esto es, pretender analizar el ministerio por fuera o por encima de sus formas sociohistóricas, como si se tratara de un *plus revelado* que añada algo a la figura concreta del ministro. Esto evitaría la creación de una estructura de servicio paralela a la que tiene su fundamento en el sacramento del orden.

Ciertamente tal alternativa –la ordenación del laico que de hecho preside la comunidad– nos obligaría a revisar las condiciones de admisión y

el proceso de formación a través del cual los candidatos se preparan para el ejercicio ministerial. También nos pediría imaginar la posibilidad de un ejercicio ministerial a tiempo parcial o por un período determinado, y pensar en el reconocimiento económico de las funciones pastorales, que ejercidas por los laicos suelen tener la forma de voluntariado. Por otra parte, se trataría de un ministro de la propia Iglesia local, conocedor de las necesidades de la comunidad –que serían las propias!–, y no un foráneo que requeriría adaptarse (cuando puede) al grupo que le toca coordinar y presidir. “Según la concepción del ministerio –analiza Schillebeeckx–, en la Iglesia antigua era eclesiológicamente imposible que no hubiera sacerdotes en las comunidades. La idea de las antiguas comunidades de la Iglesia y del ministerio resulta una crítica a la escasez actual de sacerdotes, precisamente porque dicha escasez se debe en realidad a causas ajenas al ministerio, es decir, a las condiciones que se han ido imponiendo de antemano al ministerio y a razones que no son específicamente eclesiológicas” (*El ministerio eclesial. Responsables de la comunidad cristiana*, Madrid 1983).

Una de las distancias más notables de la Iglesia actual en relación a los primeros siglos es la incidencia de la comunidad en el proceso de designación de sus ministros. Algunos testimonios nos indican que entonces la elección estaba en manos de la misma comunidad. Hacia el año 230, la *Tradición Apostólica* de Hipólito enuncia con toda claridad el principio electivo: “Que se ordene como obispo a aquel que ha sido elegido por todo el pueblo”; San Celestino, papa (s. V) declara, por ejemplo, “que no se imponga al pueblo un obispo que él no desea”; San León Magno (s. V) dirá: “Que nadie sea ordenado obispo contra el parecer de los cristianos y sin su petición”. Por fidelidad a la Tradición de nuestros Padres, ¿no merecerían ser reconsideradas las circunstancias históricas por las que devino una práctica de nombramiento tan distinta en la actualidad? Pensar un proceso de elección más participativo no negaría el origen y la iniciativa divina; al contrario, la llamada que la comunidad dirige al candidato es la forma eclesial concreta de la llamada que le dirige Cristo. Entroncada con la tradición apostólica y en catolicidad, la comunidad toda, presidida por el obispo y el consejo presbiteral, podrá evaluar el proceso electivo de los nuevos pastores.

La ordenación de los laicos, por otra parte, permitiría acercarnos a un modelo ministerial más íntegro. No sólo es importante que el presbítero

celebre la eucaristía; también lo es que esté preparado para la predicación de la palabra y se tengan en cuenta sus condiciones de liderazgo para la presidencia y el servicio de coordinar la comunidad.

Hacia la reformulación de un modelo

Las reflexiones realizadas nos abren a la recuperación de una dimensión integral del ministerio, más que a tender hacia la evolución de nuevos ministerios. A mi juicio no se trata tanto de institucionalizar ministerios no ordenados, cuanto de valorar toda la actividad eclesial y situar el cargo conductivo en referencia a la comunidad toda y a su servicio. Lo que está en juego parecería ser no tanto la figura del laico y su “promoción”, cuanto el modo de ser y ejercer el ministerio ordenado. Coincide con esta perspectiva S. Dianich, quien afirma que “no tendría ningún sentido proceder a la institución de ministerios laicales donde el carisma que se manifiesta y el servicio que se intenta valorar tiene las características propias del ministerio ordenado. Si se trata de la atención a la comunidad sobre el fundamento del servicio de la palabra, la solución lógica de una manifestación semejante del Espíritu es la de la imposición de manos para que no falte el carisma de la raíz apostólica donde se rinda este servicio” (*Teología del ministerio ordenado*, Madrid 1988, 300). Este autor reconoce como *anómala* la situación de una comunidad que tiene a su servicio un individuo no ordenado que le anuncia la palabra y la guía de forma estable en la maduración de la fe; es decir, que tiene de hecho un pastor, pero no puede reconocerlo como tal. Esto no se resolvería simplemente ampliando los derechos y las competencias de los laicos, promoviendo nuevos ministerios de suplencia o delegados, pues esto no sería más que extender los rígidos confines entre el clero y los laicos, sin modificar el espíritu. “En la Iglesia volvería a descubrirse con mayor viveza esa intensa y fundamental unidad e igualdad de los fieles –dice Dianich– cuando se tuviera en cuenta que la condición primordial para ser ordenados (no digo la condición exclusiva) tiene que ser la manifestación en la vida concreta de la comunidad de una aptitud o de una actividad efectiva que señale a éste o a aquél como un posible pastor de Iglesia, y no simplemente una normativa bajada de lo alto” (*Teología del ministerio ordenado*, Madrid 1988, 303).

El mismo Borobio, quien dijimos impulsa el reconocimiento de nuevos

ministerios, no descarta que los ministerios laicales podrían ser también un camino al ministerio ordenado y ensaya algunos criterios de selección. “No existen hoy razones convincentes (se trata de una cuestión disciplinar) que obliguen a la Iglesia a reproducir el mismo modelo sacerdotal para todos los lugares, para cada una de las comunidades. Nuestro modelo de sacerdote, como el de otras épocas históricas, es un modelo cultural. Lo más importante no es que los presbíteros sean así (después de haber realizado tantos años de estudios teológicos, con este tiempo de formación en un seminario, célibes), sino que haya los presbíteros suficientes que necesita la Iglesia para cumplir la misión recibida de Cristo, y que exige el derecho de las comunidades a un pastor para que tal realización integral sea efectiva” (*Los ministerios en la comunidad*, Barcelona 1999, 340).

Esta presentación teológico-pastoral de la cuestión pretende sumarse a los esfuerzos por “ponernos al día” –en el espíritu del Vaticano II–. La variedad de autores y perspectivas con que hoy se estudia el tema ministerial nos muestran su complejidad. Puede presentarse como un horizonte difícil de entrever a corto plazo, y quizás este escrito no tenga más valor que el de una propuesta fundamentada. No ignoramos los riesgos de este planteo –la incierta formación de la comunidad, la eventual madurez de sus miembros para una elección ministerial comprometida y adulta, una relación espinosa y distante entre obispo, presbíteros y comunidad– y lo trabajoso que pueda resultar; con todo, creemos que se trata de apostar por un auténtico rescate de la tradición que nos identifica y un verídico encuentro con los desafíos de la vida comunitaria hoy.

Bibliografía

- Borobio, D., *Los ministerios en la comunidad*, Barcelona 1999. Cf. “Bibliografía sobre ministerios en castellano”, pp. 343-361.
- Borobio, D., *Misión y ministerios laicales. Mirando al futuro*, Salamanca 2001.
- Dianich, S., *Teología del ministerio ordenado*, Madrid 1988.
- González, M., *¿Qué ministerios para cuál Iglesia...?*, Bogotá 1980.
- Parent, R. - Dufour, S., *Los ministerios*, Bilbao 1994.
- Schillebeeckx, E., *El ministerio eclesial. Responsables de la comunidad cristiana*, Madrid 1983.
- Sesboüé, B., *¡No tengáis miedo!*, Santander 1998.
- Sesboüé, B., *Roma y los laicos*, Bilbao 1999.
- Tillard, J. M., *Iglesia de iglesias*, Salamanca 1991.
- Tillard, J. M., *La Iglesia local*, Salamanca 1999.